

REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN ZAPATISTA (1911-1920)

Por: Salvador Rueda Smithers
Dirección de Estudios Históricos-INAH

Quizá los acontecimientos históricos que realmente afectan el destino de los hombres y de las naciones tienen un origen humilde, simple, a lo largo de oscuras jornadas apenas advertidas. El pudor de la historia, diría Jorge Luis Borges, corre un velo que mantiene en secreto el porqué de su influencia determinante y, no menos asombrosamente, el porqué de la constante necesidad de explicaciones distintas. La rebeldía zapatista en marzo de 1911 es uno de estos raros pero definitivos acontecimientos: con ella nació y creció a lo largo de 9 años de lucha buena parte del vocabulario político moderno sobre el campesino, el indio y el asunto agrario. Su efecto a mediano lapso fue el final de las haciendas -institución centenaria que vivía su exitoso apogeo menos de un lustro antes de que se redactara el Plan de Ayala- y el surgimiento del campesinado como interlocutor del Estado mexicano. Un segundo efecto: fundó un proceso de largo alcance al modelar el recuerdo de los campesinos que hicieron al zapatismo, delineó los perfiles de su ser social en el siglo XX y ha permeado en la historiografía moderna de la Revolución Mexicana. Y es que desde 1911 hasta los 1970 y 80 el recuerdo se volvió relatos históricos aceptados. Los zapatistas, pudorosamente, se explicaron --e imaginaron-- a sí mismos como protagonistas de la historia del país. Memorizaron, ajustaron, valoraron, verbalizaron dinámicamente. Se construyeron infinidad de relatos épicos, con variantes pero también con comunes denominadores.

Historia testimonial, elaborada en forma de relatos cortos, hecha de acontecimientos puntuales y de reinterpretaciones que transfiguran al pasado y lo proyectan en utilidad social vigente. No sin problemas para los historiadores, sin embargo. El primero, no hay duda, lo plantea la memoria de las cosas como fuente confiable de la investigación histórica. Varios son los elementos que intervienen en su examen, y cuyo efecto marcó los caminos del análisis que este proyecto propone. Hacer un breve recuento de ellos es el objetivo de las líneas siguientes. Destaca, en principio, la inexactitud cronológica de los recuerdos, que dificultaron la catalogación de cada narración en un cuadro de sucesos ordenado: la incertidumbre es condición de la historia, "conocimiento difuso" válido por ser parte de nuestra manera de ver al mundo. En este sentido, el desorden en la información es aparente, toda vez que las taxonomías de la memoria responden a reglas distintas a las de la escritura de la historia y se acercan más a las de la narrativa popular, con su economía del lenguaje, su edificación con comienzo, punto climático y desenlace. El historiador también se enfrenta a las complejas aristas del papel social de los ancianos narradores como "puentes tendidos entre generaciones": la transmisión del saber cultural, cimiento de la identidad local, que condujeron a muchos historiadores a ofrecer interpretaciones cargadas de romanticismo --piénsese en la eficacia de conceptos como "bandolerismo social" y su desdoblamiento a rebeldes y utopistas-- pero sin comprobar que su discurso se inscribía en un conocimiento más general, intercambiado por innumerables repeticiones y "contaminado" por los discursos políticos oficiales del periodo agrarista --que muy pronto, desde 1923, "domesticaron" al caudillo y a sus

rebeldes, y les atribuyeron palabras que antes les eran extrañas, como el lema "Tierra y Libertad" en lugar del de "Reforma, Libertad, Justicia y Ley". El uso digitalizado y rápido de todos los testimonios podrá dar fin a la tentación de convertir a cada informante en fuente singular para encontrar los comunes denominadores de una cultura más rica y amplia. Hacen honor a Thompson. Ejemplos de "economía moral" aparecen en los relatos personalizados. Un tercer problema surge al comparar los testimonios edificados por la memoria con los posibles respaldos documentales que proporcionan los archivos: se descubren cambios en los lenguajes, en las maneras de pensar los sucesos históricos, en el lugar que ocuparon las urgencias presentes en las circunstancias de la guerra vivida entre 1911 y 1920 con respecto a la guerra pensada desde 1923 y los desenlaces valorados años después para desdoblarse en relatos ya bien estructurados como "historia". ¿Es una fantasía el relato del pasado vivido y repensado? ¿Se trata de una vana historiografía que sustituye a la mitología, en su función de atemperar las durezas de la vida al hacer comprensibles los sucesos por el filtro de una memoria ya sin hostilidades, al conciliar el alma humana con el misterio del universo como sugirió Joseph Campbell? Podemos adelantar algunas respuestas positivas: por un lado, que la imprecisión es menos importante que la verosimilitud, de ahí su utilidad social; por el otro, que la mitología es un discurso historiable.

Pues el problema en el manejo de los testimonios rebasa los obstáculos puramente metodológicos para inscribirse en otro nivel más profundo, humano: el de la relación entre memoria e historia. No sin cierta amargura, el memorioso intelectual italiano Primo Levi señaló: "La memoria humana es instrumento

maravilloso pero falaz (...) Los recuerdos que en nosotros yacen no están grabados sobre piedra; no sólo tienden a borrarse con los años sino que, con frecuencia, se modifican o incluso aumentan literalmente, incorporando facetas extrañas (...) Esa escasa fiabilidad de nuestros recuerdos se explicará de modo satisfactorio sólo cuando sepamos en qué lenguaje, con qué alfabeto están escritos, sobre qué materia, con qué pluma: hoy por hoy es una meta de la que estamos lejos"¹. Por lo que toca a los testimonios zapatistas que ahora se rescatan y se ofrecen, se ha comenzado a indagar sobre ese alfabeto particular, sobre la materia de que están hechos los recuerdos. El uso social del conocimiento del pasado, según se entrevé de la compleja fuente oral, refleja la imposibilidad de cifrar toda una historia en un relato único, invariable, dogmático.

La fuente testimonial en la comprensión del zapatismo

Un sello definitorio del siglo XX mexicano es el de la aceptación discursiva del indio como actor social con valores positivos, y de su mundo campesino como una realidad distinta pero vecina, muy viva, y no como pasado imaginario del prehispánico y colonial, o como lastre vicioso, extraño al modelo "ciudadano" del liberalismo. El contexto seminal de esta idea particular fue, precisamente, el movimiento zapatista de 1911-1920. Su estudio, permite razonar tanto sobre el efecto del zapatismo y sus múltiples implicaciones en el horizonte historiográfico como en la realidad social en su propio tiempo.

¹ Primo Levi, **Los hundidos y los salvados**, Barcelona, Muchnik Editores, 1995, p.21

Pero también pensar en nuestro tiempo. A fines de 1997 la Dirección de Estudios Históricos del INAH organizó el primer encuentro de investigadores del zapatismo con el propósito de hacer un balance de lo que se ha hecho en las últimas tres décadas y de las tendencias de su interpretación modernas. Este evento contó con la participación de los más destacados autores de la mayoría de las obras contemporáneas dedicadas al tema, tanto nacionales como extranjeros.

Entre las conclusiones de esa reunión, sobresale el hecho de que la construcción, el rescate y estudio de nuevas fuentes ha sido uno de los acontecimientos historiográficos más notables en las investigaciones del zapatismo. A partir de la información y el análisis de esas fuentes se han producido nuevos conocimientos y diversos enfoques críticos frente a las concepciones de carácter reduccionista y simplificador. La desconfianza hacia los estereotipos de la rebeldía zapatista como puramente agrarista se desdobló en la relectura de las fuentes documentales tradicionalmente utilizadas, en la búsqueda de otras más y en la revaloración de los relatos obtenidos a través de la historia oral. Las investigaciones que se realizan actualmente en la materia han producido una considerable apertura de temáticas y problemas de estudio, que muestran la complejidad histórica de este movimiento.

El zapatismo repensado a la luz de las nuevas fuentes documentales gráficas y orales disponibles y en la perspectiva de la urgencia de un conocimiento mayor y menos prejuiciado ha puesto de manifiesto, también, la necesidad de profundizar en el examen de los hombres y mujeres de carne, hueso y alma, así como las circunstancias, muchas veces azarosas, en las que los campesinos se hicieron

protagonistas de una pudorosa historia determinante. En este aspecto, la fuente oral ha hecho un aporte significativo. Pero, como ya se señaló, aún quedan muchas dudas que resolver.

El análisis de la producción discursiva oral abre rutas para el conocimiento histórico. Podemos acceder, mediante el examen sistemático y contrastado de las narraciones, a diversos grados de comprensión de uno de los aspectos más complejos de la historia: el factor humano. Al trabajar con la fuente oral se toma conciencia de que existieron otros actores y testigos, que dejaron sus huellas por escrito o fotográficamente, y de quienes desconocemos los ritmos e influencias de las reinterpretaciones de su memoria. Apenas quedan jirones de la historia hecha de recuerdos; jirones y, por fortuna, también indicios de los mecanismos del recuerdo y los sistemas de valores que subyacen a la estructura de las narraciones. Gracias a esta información, por muy parcial que sea, es posible saber de las mujeres y hombres anónimos de los pueblos que fueron protagonistas de la revolución campesina.

Las fuentes orales, la memoria hecha veta testimonial con valor histórico, hace emerger a los sujetos con sus razones y emociones. No fue una, fueron muchas las imágenes del zapatismo en estos testimonios, como piezas de un rompecabezas interminable, complejo y abigarrado, ajeno y resistente a cualquier simplificación. Cada testimonio implica una historia común y también diferencias de enfoque en conceptos fundamentales, tales como tierra, propiedad, libertad, justicia, muerte, ley, guerra, enfermedad, hambre, valores, familia, etcétera. Las acepciones reiteradas de términos como pueblo --lugar geográfico exacto, real,

puntual, no como el concepto liberal de "voluntad general"--, patria, orden, jefe, revolución, pasado y futuro, refieren más a una cultura que a cada individuo.

Destaca el extraño pero persistente hecho de que los campesinos zapatistas, en su mayoría analfabetas, hicieran girar su movimiento alrededor de la letra escrita -- como en el Plan de Ayala, texto que a su vez daba lugar prominentemente a los documentos coloniales sobre la propiedad de los pueblos-- hecho que se comprueba con la revisión de los profusos archivos documentales. Al revisar el conjunto de las entrevistas, se descubre que no muy diferente es el valor que se dio a la palabra hablada como vehículo de la memoria: según se pudo atestiguar al hacer las entrevistas dos décadas atrás, su participación en el zapatismo quedaba refrendada ante un auditorio que escuchaba uniformes y generalmente aceptados recuerdos sobre los objetivos políticos coyunturales de la lucha en detrimento a los de su carácter de la práctica agrarista, o sobre la ilusión de que su sacrificio no fue vano (esto es, que ganaron una guerra que en realidad perdieron desde el punto de vista militar, y cuyas particularidades hoy se discuten en el seno de este equipo de investigadores), la imagen de una guerra obligada por las injusticias de los hacendados tanto como por la violencia del Ejército Federal, pero el olvido de los problemas electorales de coyuntura, la inclinación a referir como propiamente históricas las anécdotas personales vividas junto a Zapata y otros jefes, entre varios asuntos más. Esta diversidad plantea mayores retos para el estudio histórico y cultural de los procesos sociales. Nos enfrentamos al desafío de registrar los acontecimientos, pero también al de analizar lo que los zapatistas dijeron de sí mismos y de los otros a través del filtro de la memoria, esto es al descubrirse la distancia temporal entre lo vivido y lo recordado; a la

necesidad de observar cómo imaginaron el conflicto, lo evaluaron críticamente y lo convirtieron en relato, en narración, con los efectos del paso del tiempo y las nuevas condiciones políticas y sociales de reelaboración en las que se producen los discursos.

A modo de conclusión: memoria y olvido

Uno de los problemas pertinentes para la historia sociocultural del zapatismo consiste en comprender los modos en que el proceso revolucionario hizo reconfiguraciones en la forma de ver el mundo de sus protagonistas. En este campo del conocimiento, en fin, los testimonios zapatistas ofrecen materiales esenciales. Con los nuevos recursos tecnológicos, especialmente informáticos, podemos acceder rápidamente a la información por medio de palabras clave. Accediendo a los textos orales digitalizados, es posible relacionar y correlacionar los relatos y hacer múltiples lecturas analíticas de los mismos. Los testimonios nos quebrantan la interpretación que por décadas se proyectó del zapatismo.

Estas ventajas, sin embargo, también colocan en primer plano viejos problemas en el estudio de la historia. En especial, la cuestión de la memoria y el olvido, corazón de la subjetividad, que tiene un peso decisivo para el examen de los testimonios orales. Los historiadores estamos ante a una fuente que nos reclama indagar, sin concesiones romantizadoras, sobre la naturaleza del recuerdo y sus posibilidades historiográficas. En este aspecto, es posible adelantar que los testimonios zapatistas no son sólo relatos personales de las experiencias propias o ajenas, sino que la memoria de los narradores se ha preservado y modificado gracias al

concurso de otros elementos, particularmente, el discurso colectivo que conforma las tradiciones orales, leyendas y mitos que emergieron sobre todo durante la revolución pero sobre todo en el periodo posterior: discursos y valores de los años 20 y 30 que explican un proceso anterior.

Resulta pertinente para el estudio de esta fuente observar el extrañamiento entre lo que fue el zapatismo y las construcciones del recuerdo. En tanto que acontecimiento social discursivo, los testimonios nos ayudan a comprender el lenguaje agrarista que permeó con éxito a lo largo del siglo XX, así como las fronteras de su práctica real. Paradójicamente, la distancia entre la narración y el acontecimiento enriquece, no empobrece, las posibilidades de comprender la condición histórica de los protagonistas del zapatismo.

El análisis aumenta en complejidad si consideramos la necesidad de combinar en el estudio las diferentes fuentes de la historia. Es decir, el relato reconstruido por la memoria apunta más hacia la idea de un destino claramente marcado, mientras el testimonio escrito deja ver el temor hacia el azar y la disputa del futuro. Buscar la veta de la memoria y marcar sus límites nos permite escribir un nuevo capítulo de la historia de los rebeldes zapatistas, hecho de recuerdos y de valoraciones. Este es el capítulo de los sobrevivientes, el último tramo de su vida de aquellos hombres que, como los describió Felipe Angeles en 1917, sólo buscaban “un pedacito de felicidad”.